

# La casa apartada

Antonio Gálvez Ronceros

Y para poder comprobarlo hay que tener un amigo que se llame Juan. ¿Tiene usted un amigo de esas señas? Ajá, eso facilita las cosas. Pero no es suficiente. La familia de ese Juan debe ser gente ya fallecida, menos el padre, y el tal Juan un mozo que todavía no haya dicho: "Padre, dejo la casa porque quiero tomar mujer". Y en esa casa debe haber un perro, aunque decirlo es repetición porque ya se sabe que dos que quedan en una casa donde vivían más que ya finaron no van a querer que la gente diga: "Ni perro que ahí ladre"; pueden enterarse los rateros. Y la casa debe estar en las afueras y muy apartada de otras. Si usted está interesado en comprobarlo, deberá ir una noche a la casa con el pretexto de hablar con Juan. Tiene que ser en la noche. Y si la noche es muy avanzada, mejor.

Mientras se vaya usted acercando a la casa, le parecerá que alguien está diciendo *Juan, Juan, Juanjuán, Juan*. Le parecerá porque es una voz débil que la oye usted por momentos sin saber de dónde sale. Al llegar usted a la casa estará por creer que la voz viene de adentro. Comenzará a tocar la puerta y no le quedará ninguna duda de que de ahí sale porque es más clara y también más fuerte: *Juan, Juan, Juanjuán, Juan*. Usted creará que es el padre de su amigo Juan que está llamando al hijo para avisarle que usted lo busca, pero en seguida usted pensará que ni que usted fuera no sé quién para ocurrírsele semejante creencia porque ¿cómo sabe

él que han ido a buscar a su hijo si ni siquiera ha salido a ver quién toca la puerta? Y el *Juan, Juan, Juanjuán, Juan* sigue, y a usted le parecerá raro, y lo pensará con menos prisa, y finalmente se dirá: "Ya sé: es mi amigo Juan que está diciendo *Juan*". Pero verá usted que esto también cojea porque ¿qué clase de amigo tiene usted que él mismo se avisa que lo han ido a buscar sin haberse enterado que lo buscan? Ni que de un troncazo le hubieran zafado la calabaza, lo que no puede ser porque nadie tiene de amigo a un fulano que dé motivo para que lo descalabren, menos con un tronco, aparte de que seguramente en esos momentos usted recordará que la última vez que lo vio fue el día anterior no más, en el pueblo, y hasta conversó un rato con él y notó que el hombre tenía la cabeza entera y en su lugar como es su costumbre. Usted, pues, quedará como quien mira el aire, de puro confundido. Entonces viniendo de adentro llegarán unos pasos a la primera habitación, se encenderá una luz, se abrirá un poquito la puerta y asomará la cabeza el padre de Juan, que no viene diciendo *Juan, Juan, Juanjuán, Juan*, como usted había creído, y que al verlo a usted dirá: "Ah, eres tú, Vicente". Porque usted se llama Vicente, ¿verdad? Bueno, no importa. El padre de Juan tiene todavía la palabra y añadirá: "¿Quieres hablar con Juan?" Antes de que ahora yo le diga a usted lo que seguramente usted no dejará de contestarle, y que como está usted sospechando no podrá ser otra cosa que sí, que sí quiere hablar con Juan, porque si mal no recuerdo hemos quedado en que usted de los dientes para afuera va esa noche a hablar con Juan y de los dientes para adentro va a otra cosa, permítame que al padre de Juan le llamemos don Gregorio ¿Le parece? Bien. "¿Quieres hablar con Juan?", ha dicho el padre. Entonces usted contestará: "Sí, don Goyo". Porque si bien hemos quedado en que se llama don Gregorio, no negará usted que tal vez sea más conocido en los alrededores como don Goyo, y hasta seguro que como don Goyo el de la casa apartada. Mientras tanto, el que lo dice sigue diciendo *Juan, Juan, Juanjuán, Juan*, y no hay duda que quienquiera que sea tiene una garganta incansable como que no ha parado de decirlo ni para escupir. Y al entreabrir don Goyo la puerta usted ha notado que esa voz que ya parece de fierro viene desde el fondo de la casa. No bien don Goyo se ha enterado que usted ha ido a hablar con Juan, dirá: "Aguarda un momento que voy a avisarle". Desaparecerá tras la puerta y usted oirá que se va caminando hacia el fondo, llamando: *Juan, Juan, Juanjuán, Juan*, con lo que

usted caerá en cuenta que ahí ya son dos los que están diciendo *Juan*, uno que lo dice hacia adentro: *Juan, Juan, Juanjuán, Juan*, y éste es don Goyo, y otro que lo dice desde adentro: *Juan, Juan, Juanjuán, Juan*, y éste quién será. "¿Será Juan?", se preguntará usted. Y se preguntará porque usted se está arrimando de nuevo a que quizás le han removido la calabaza de un troncazo. Pero sólo es una pregunta porque usted no está seguro de que esa sea la voz de Juan, no porque se le haya secado a usted el cerebro donde dicen que anda la memoria sino porque usted nunca ha oído a su amigo Juan decirse *Juan*, menos durante tanto que parece algún fulano que por muchos años se hubiera vuelto mudo y al regresarle la voz recuperara el tiempo que perdió de mudo. "¿Será Juan?", volverá usted a preguntarse. Y después de mucho pensarlo, usted se contestará: "Y quién otro puede ser si aquí sólo viven dos: don Goyo el de la casa apartada y su hijo Juan el de la misma casa y que según el decir de los indicios parece que se ha vuelto loco". Y acabando por creer que la voz que sale del fondo es de Juan y sólo de Juan, usted se lamentará de que le hayan malogrado el pensamiento: "Pero en qué momento le han arrimado el troncazo que yo no me he enterado. Pobrecito". Entonces empezará usted a sentir frío y le entrará miedo de creer que el frío es de miedo, pero en seguida se dará cuenta de lo que no se había dado cuenta: que se halla usted parado junto a la puerta pero del lado de afuera, que la puerta está cerrada y que el frío le viene del viento que la noche avanzada está helando afuera: "Y yo qué hago aquí afuera", dirá usted asombrado. Pero entonces recordará que don Goyo no lo invitó a entrar, que se metió y cerró la puerta sin decir "Pasa, Vicente" ni algo parecido. "Qué raro que me haya dejado en el aire de la noche", pensará usted. Y después: "Debe de haberse olvidado. Eso es". Pero al sentir cada vez más puntiagudos los agujijones helados del viento, le entrará duda y le vendrá una sospecha: "De repente este viejo apartado ha creído que yo no soy yo, que soy un ratero disfrazado en la noche". Y poniéndose entonces la punta del dedo en la sien, le dará media vuelta para adelante, media vuelta para atrás, como quien intenta ajustar un tornillo, y acabará por decirse: "En esta casa no había zafados. Ahora hay dos. Ya no quiero saber nada del asunto a que vine, que no es hablar con Juan como le he dicho a ese otro malogrado de don Goyo. Ahora me voy".

Pero usted no se irá.

Y no se irá porque en seguida se olvida de irse al notar que la garganta de don Goyo, que ya debe haber llegado al fondo de la casa, de repente deja de decir *Juan, Juan, Juanjuán, Juan*, y que la otra garganta sigue de largo diciéndolo por su cuenta, como si le hubieran dado cuerda para que se vaya de frente hasta el amanecer. Entonces oirá que en el fondo de la casa se dan por un momento unos ruidos amontonados como si estuvieran chancando o despedazando ruidos, y que luego desde el fondo mismo se arrancan en dirección a la puerta unos pasos que parecen de dos personas, y que la voz que no se calla ni para escupir y que sigue diciendo *Juan, Juan, Juanjuán, Juan*, se viene prendida a los pasos como si uno de los que vienen se la estuviera trayendo en la garganta, y que los pasos y sobre todo la voz empiezan a crecer y por el tamaño que ya traen usted calcula que deben haber dejado atrás una mitad de la casa y están tomando la otra mitad, pero ahora con un ruido afilado como si avanzaran por un pasadizo angosto. Y de repente siente usted que han entrado en la primera habitación y que el *Juan, Juan, Juanjuán, Juan*, que ha crecido tanto que parece un trueno que no respira, se viene con los pasos de frente hacia la puerta, y usted imagina que verá a Juan transformado en un tipo de garganta inflada como la del sapo por tantos juanes que ya va diciendo y con los que seguramente se ha formado una cadena tan larga que debe estar dando su quinta vuelta al mundo, como si la locura, al bajarle desde la cabeza para desparramarse por todo el cuerpo, se hubiera detenido un buen rato en la garganta, o como si el troncazo lo hubiera recibido en la mera garganta y no en la cabeza y la locura se le hubiera desparramado desde esa parte del cuerpo y Juan no sea entonces un loco de cabeza como son todos los locos sino un loco de garganta. Y usted se preguntará si ha sido el tamaño del tronco o del golpe dado con él lo que ha puesto en don Goyo esa rara locura de creer que todo el que asoma en la noche es un ratero disfrazado de algún conocido suyo y si esa locura no acabará en llevarlo a creer que la sombra de su casa apartada sea otro ratero, y usted se dirá que no en otra cosa sino en un ratero ha pensado don Goyo al no haberlo invitado a usted a entrar en la casa y haber preferido cerrar la puerta y dejarlo afuera, y que aquello de "Aguarda un momento que voy a avisarle", ha sido un disimulo con que ha querido tener tiempo para entrar hasta el fondo de la casa y traer lo que convenga contra un ratero. De modo que usted se encuentra agitado con la idea de que cuando se abra

la puerta no tenga usted tiempo ni para abrir la boca porque será don Goyo el único que abra la suya para decir "¡Toma!", en el mismo instante en que usted sienta que le remueve la calabaza con el tremendo tronco que se ha traído del fondo. Pensando en este peligro empezará a llenarse usted de temor, a pesarle haber ido a comprobar lo que le dijeron que sólo podía comprobarse en una casa apartada y a lamentarse de que hasta el momento no lleve comprobado nada y por el contrario se haya dado con algo inesperado, por más señas con dos locos, uno de garganta y otro que ve el mundo lleno de rateros, los mismos que usted acaba de darse cuenta que se han detenido al otro lado de la puerta sin que la voz hinchada y de mucha cuerda se calle. Usted decide abandonar a la carrera el lugar e intenta dar un paso hacia atrás, pero el paso se pasma en el intento como si en lugar de pies tuviera usted pedrones. Usted siente que en la cara empiezan a brotarle unos goterones bien jodidos. Se abre entonces la puerta, se abre con tanta fuerza que choca contra la cara interior de la pared y usted da un respingo creyendo que ha recibido el troncazo, pero luego nota que no ha recibido nada y mira con ojos más abiertos y entonces ve que, en medio del *Juan, Juan, Juanjuán, Juan*, que se oye ahora como el ruido de un río muy zafado que bajara arrastrando a su paso cerros enteros de roca, ahí están parados don Goyo y más atrás su hijo Juan, y que don Goyo no tiene traza de querer descalabrar a nadie porque no carga tronco ni nada y más bien tiene las manos cruzadas sobre el vientre. Pero el *Juan, Juan, Juanjuán, Juan* sigue oyéndose en la habitación y usted no sabe quién es el que lo dice porque ahí solamente hay dos y los dos están con la boca cerrada, y se queda usted mirando con mucha curiosidad esa parte del pescuezo de Juan que está por debajo del mentón y advierte que en nada se parece a la del sapo, y usted piensa que todo esto usted no lo comprende. Y acomoda entonces una oreja en dirección de don Goyo y su hijo Juan y descubre que la voz está saliendo detrás de Juan como si alguien estuviese oculto ahí, y estira usted el pescuezo ladeándolo todo lo que puede para verlo, pero es imposible porque la mirada necesita ser enviada en curva para encajarse en ese lugar, y entonces se da cuenta usted que la voz sale a la altura de las pantorrillas de Juan como si el tamaño de quienquiera que sea no fuera más que la que va del suelo a esa parte de las canillas, y usted deduce que el tipo debe ser un enano. Entonces, extrañado, usted se pregunta que desde cuándo viven en esa casa tres y no dos, que para qué quieren

don Goyo y su hijo vivir con un enano y quién es ese enano. Y cree usted recordar lo que alguna vez oyó en algún lugar: que hay casas muy raras a donde regresa desde el mundo de los muertos a vivir por temporadas en compañía de su familia el más viejo de los que vivieron en la misma casa, que esto lo hace para que la familia no lo olvide y que cuanto más años han pasado desde que murió más empequeñecido regresa. Así, los que quedan de la familia habrán de quererlo más sintiendo pena de saber que con los años se habrá achicado tanto que no podrá regresar. Y usted piensa entonces en el abuelo de Juan, que por lo que usted está enterado es el más viejo de los que vivieron en esa casa y desde que finó han pasado cuarenta años, y no le cabe entonces a usted ninguna duda de que el de la voz interminable es el abuelo de Juan. Y a pesar de que usted siente que los poros se le están inflando como carpas y los pelos poniéndosele tiesos, ladea el pescuezo para echar una ojeada esperando ver al abuelo de Juan del tamaño de un muñeco, pero otra vez comprueba que desde el lugar en que usted se encuentra la mirada no entra en ese lugar y usted no sabe ya qué hacer. Entonces alguien asoma la cabeza desde atrás de las canillas de Juan; luego se aparta de cuerpo entero y usted lo ve. Usted no cree que sea el que está diciendo *Juan, Juan, Juanjuán, Juan*, porque no es ningún enano ni hombre que parezca un muñeco. Es el perro que vive en la casa, y usted está comprobando ahora cómo el animal está diciendo lo que usted ha venido escuchando desde hace bastante rato. El perro adelanta la cabeza como si enviara un golpe de hocico y entonces le sale por entre la jeta un *Juan*; luego recoge la cabeza, vuelve a enviar otro golpe y le sale otro *Juan*; en seguida envía dos golpes seguidos: *Juanjuán*, y después algo separado otro golpe de hocico: *Juan*. Y así resulta ese *Juan, Juan, Juanjuán, Juan*, hilera que el perro está repitiendo sin tener cuándo detenerse. Hasta que don Goyo, que debe haberle notado a usted algo en la cara, apunta la mirada y la boca hacia el lugar en que se encuentra el perro y grita: "¡Calla ese hocico, carajo!", y al fin esa voz incansable se desploma, el perro escurre el cuerpo hasta quedar encogido y todo queda en silencio.

Así habrá usted comprobado lo que yo le había dicho: que hay perros que al ladrar dicen *Juan, Juan, Juanjuán, Juan*; que ese *Juan* es como si el hombre dijera *Juan*, con la diferencia de que ellos lo dicen y siguen siendo perros y que perros de este corte hay

pocos; sólo se les encuentra en una casa apartada... Y cuando usted lo haya comprobado, habrá llegado el momento de justificar su presencia en tan avanzadas horas de la noche diciéndole a su amigo Juan cualquier otra cosa. Y entonces más le valdrá a usted no decirles nada a don Goyo y a su hijo Juan de lo que ocurre con el perro, porque como buenos apartados que son es posible que no se hayan dado cuenta ni lleguen a darse cuenta nunca que el perro dice *Juan, Juan, Juanjuán, Juan*, y hasta es posible que ni el perro lo sepa ni llegue a saberlo nunca, como otro apartado que es. Porque si usted lo menciona, seguramente don Goyo, su hijo y también el perro se lo van a quedar mirando fijamente a usted como quien dice para sus adentros: "Y a éste qué le pasa". Y el más sorprendido sea el perro, que acabará por despegar la jeta y enseñarle a usted los dientes, no de cólera sino de risa. Pero en este caso no crea usted que don Goyo y su hijo se reirían de usted. Don Goyo diría: "Un momento". Iría al fondo de la casa y regresaría. Entonces él y su hijo se acercarían a usted, lo cogerían de los brazos y, mientras usted diga "Adónde me llevan", lo llevarían hasta el centro de la pampa que está delante de la casa apartada y le quitarían la ropa. Entonces don Goyo sacaría de entre la camisa la soga que fue a traer del fondo de la casa y entre ambos lo amarrarían a usted a un horcón. Casi corriendo se meterían en la casa y cerrarían bien la puerta y usted quedaría con el pellejo entero al aire hasta el amanecer, para que el viento de la madrugada pueda enderezarle el cerebelo que ellos han creído que alguien le ha desbaratado a usted de un troncazo.



Altino Villasante

